

Sobre una psicología hispano-argentina

*Helio Carpintero*¹

La psicología científica, surgida a finales del siglo XIX en Alemania, con Wilhelm Wundt, encontró pronto en el mundo iberoamericano espíritus interesados en su conocimiento y su cultivo, que incluso se iban a adelantar a sus posibles colegas de Portugal y España, sus antiguas metrópolis. En el caso de la Argentina, ello sin duda fue debido, en gran medida, a la atención que sus minorías cultas dedicaron a la ciencia y la cultura francesas de la época.

Son muy significativas aquellas palabras que Horacio Piñero dirigió a la universidad parisina de la Sorbona a comienzos del siglo XX: “seguimos de cerca el ejemplo de esta Francia científica que se llama ‘el cerebro del mundo’. Intelectualmente, somos en realidad franceses” (Piñero, en Vezzetti, 1988, 44).

La atracción ejercida por el país galo en aquella época sobre la joven nación tuvo singular peso en el caso de la psicología. Es sabido que para entonces se habían comenzado a dar pasos por el campo de la ciencia empírica siguiendo muy de cerca las lecciones de Théodule Ribot, gran figura de la época.

Es este un campo lleno de interés para cuantos se interesan por los temas de las ciencias sociales, y muy especialmente para quienes se hallan de una u otra forma implicados en el devenir cultural del mundo iberoamericano, donde el destino de las ideas y de la investigación han estado y siguen aún estando vinculados a los intereses y valores de las sociedades que las cultivan.

Los saberes humanos, a diferencia de aquellos otros más ligados al mundo físico y técnico, están fuertemente influidos por los movimientos sociales y comunitarios, y se hallan ampliamente condicionados por el pasado histórico y los avatares económicos y políticos.

Resulta, por ello, de gran interés, todo cuanto pueda esclarecer los móviles y los intereses que han ido dirigiendo la evolución de las minorías responsables y las presiones y demandas de las sociedades en relación con los temas y problemas de la psicología.

Estimo que es una excelente decisión esta que ha llevado a repensar y reconsiderar el admirable trabajo que en su día dedicó el profesor Hugo Klappenbach a la periodización de la historia de la psicología argentina. Permitió establecer un marco conceptual a su desarrollo y aclarar no pocos puntos que siguen interesando a cuantos se ocupan de esa historia, y contribuyen con nuevas luces a su conocimiento.

Esta historia de una ‘psicología nacional argentina’ dentro del amplio campo de nuestro mundo iberoamericano, me sugiere preguntas y reflexiones en mi propio terreno, porque tiene múltiples contactos con la psicología española, hondamente condicionada por la historia de nuestras relaciones contemporáneas. Me gustaría aprovechar esta ocasión para reflexionar sobre ambas historias, que en cierto modo siento como propias.

¹ Academia de Psicología de España.

Para empezar por el principio, ya desde los comienzos mismos del siglo XX, hubo unas interesantes relaciones entre figuras situadas en el entorno de la crisis española de 1898, que tan gran influjo iba a tener en la historia cultural hispana. Enfrentadas a lo que se llamó el “desastre nacional”, resultaron ser particularmente creativas en el mundo de las humanidades y la psicología, y acertaron a mantener valiosos contactos con los colegas argentinos.

El primer enlace se dio a comienzos del siglo XX, entre una figura argentina coetánea de la llamada generación española del '98: el educador, jurista y psicólogo Carlos Octavio Bunge (1875-1918), coetáneo estricto de personalidades como “Azorín” (1873) y Antonio Machado (1875), y el profesor y psiquiatra español Luis Simarro, figura magistral de la generación precedente, la de 1856, que reuniría a tres grandes figuras que iban a influir sobre la naciente psicología: Santiago Ramon y Cajal (n. 1852), Ramón Turró (n. 1854) y el mencionado Simarro (n.1851). Este terminaba de obtener la cátedra de psicología experimental de la Universidad Central, en Madrid, y Bunge, solicitó de él y obtuvo un interesante prólogo para su obra psicológica teórica más personal, los Principios de psicología individual y social, que fue publicado en Madrid por la editorial Jorro en 1903. De esta suerte, el maestro Simarro vino a ser invitado por el joven autor argentino para introducir en sociedad el libro mencionado.

Ya en otra ocasión hice notar que en dicho prólogo su autor advertía que aquel volumen presentaba “los fundamentos de la psicología considerada como ciencia natural, discute las modernas teorías de la psicología fisiológica,

para llegar a plantear ciertas cuestiones fundamentales de las ciencias del espíritu” (Simarro, 1903, iii). Bunge concebía su doctrina como un ‘instintivismo’ que operaba en varios niveles, que iban desde el inconsciente a la subconciencia y la conciencia, y el prologuista reconocía que dicha obra se hallaba por encima del nivel psicológico español. Según esto, el libro probaba que “la República Argentina debe estar ya muy cerca de Europa cuando en ella se producen obras...que son precisamente las que interesan hoy día a los pueblos del Norte de Europa y América...”, y al mismo tiempo confesaba que debía “dar materia para melancólicas meditaciones “(Simarro, 1903, xiv) a los intelectuales y científicos de la península ibérica, que se sabían aún muy alejados de semejante nivel.

Hay ahí un claro reconocimiento de la ventaja que la psicología argentina parecía llevar sobre la hispana, aunque también habría que notar, en pro de la situación española, el hecho mismo de publicarse el libro en España, en una editorial, la de Daniel Jorro, que había vertido al castellano la obra de Ribot, e iba a lograr un prestigio internacional.

Las relaciones entre figuras del mundo psicológico de ambos países en los comienzos del siglo XX no se acabaron ahí. Otro de los argentinos atentos a la cultura española moderna fue sin duda José Ingenieros (n. 1877), una figura claramente “noventaiochista” abierta a la crítica social y jurídica, atento a pensar y difundir la cultura argentina, e interesado profundamente por la psicología, de la que fue profesor un tiempo en la Universidad de Buenos Aires. Era un intelectual abierto al positivismo social, la nueva psicología y las

humanidades; ya en 1905 había ofrecido una atractiva información sobre el Congreso internacional de psicología científica, celebrado en Roma en 1905, al que él mismo asistió activamente con una ponencia, (Ingenieros, en Vezzetti, 1988, 181-199). Conoció y apreció, además, a figuras españolas muy interesantes, como Miguel de Unamuno (n.1864) y Rafael Altamira (n.1866), ambos también de la generación de 1871, (que solemos llamar ‘del 98’); los tres, pues, serían estrictamente coetáneos. Como ellos iba a sentir la necesidad de impulsar la renovación de la mente contemporánea, y su libro sobre “El hombre mediocre” muestra su interés por las juventudes de su tiempo y por su cultura. También dio a las prensas un libro injustamente olvidado sobre La cultura filosófica en España (1916), donde admira la figura del viejo maestro don Francisco Giner de los Rios, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, que había renovado la cultura española y acababa de fallecer en 1915, y en España editó también sus Principios de psicología biológica (1913), en que actualizaba su anterior obra, “Psicología genética”, trabajo que Ardila ha considerado como “el primer sistema psicológico postulado por un autor latinoamericano” (Ardila, 1989, 355). También hizo posible la colaboración entre las comunidades científicas hispanoargentinas al crear en 1902 los Archivos de Psiquiatría y Criminología que en los años siguientes se reforzarían con colaboraciones españolas.

Hay una tercera conexión entre los “españoles del 98” y el mundo argentino renovador, que estimo también interesante: es la que enlaza los nombres de Víctor Mercante (n. 1870) –iniciador de la psicología experimental en la Universidad de La Plata

(Papini, 1976), y también promotor allí de reformas educativas, que mantuvo una estrecha relación con el español Rafael Altamira, (n. 1866), una figura del regeneracionismo educativo, que unió, a una admirable Historia de España y de la civilización española, y a numerosos estudios sobre americanismo y metodología historiográfica, una importante obra crítica, la Psicología del pueblo español, (1902). Altamira fue nombrado profesor honorario de aquella universidad, pues ambos, Altamira y Mercante, se hallaban profundamente interesados en los problemas de una renovación educativa en sus respectivos países (Dicroce, 2017).

Queda, pues, claro que, en torno a los comienzos del siglo pasado, hubo una importante conexión entre figuras relevantes de la inicial psicología española y de la primera psicología científica argentina, movidas ambas por un espíritu renovador de la cultura de sus países respectivos. En todos esos casos tuvo un papel señalado la nueva psicología, que resultó ser un elemento inspirador de actitudes e inquietudes orientadas hacia una renovación del mundo de la cultura y la educación.

Un nuevo nivel en esa interacción cultural tuvo también lugar entre algunos nombres distinguidos de la generación siguiente a la del 98, la que tendría por año epónimo 1886, y que ha sido frecuentemente caracterizada como “europeísta”, pues procuró instalar al país en la modernidad y aspiró a incorporarlo a la actividad científica de aquella hora. Ortega y Gasset, uno de sus miembros más destacado, sintetizó la actitud espiritual de aquella hora en dos frases luego mil veces repetidas: las de que “España era el problema, y Europa la solución” (Ortega, II, 102). A ella pertenecen figuras

como el ya citado José Ortega y Gasset, (n. 1883), el médico Gregorio Marañón (n.1887) y el psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora (n. 1886). En la Argentina, con ese nivel se corresponderían nombres como los de Enrique Mouchet (n.1886), Gregorio Fingermann (n.1890), el alemán Carlos Jesinghaus (n. 1886) o Coriolano Alberini (n.1886), por mencionar algunos bien conocidos.

Este nuevo nivel histórico vendría a representar el inicio de una reacción vitalista contra el positivismo precedente, y con ello, la priorización de la vida humana, sus estructuras y dinamismos; también los comienzos de una psicología experimental y la atención psicotécnica a las personas con actividad laboral o educativa. Es bien conocida la gran influencia que Ortega ejerció sobre el mundo argentino intelectual y culto, así como entre muchas figuras destacadas de la filosofía y la psicología. Alberini, Korn, y otros muchos, y su dilatada presencia como autor en periódicos como *La Nación*, o su admiración a Victoria Ocampo, que fue por ella reciprocada, bastarían a probarlo. Al tiempo, el doctor Rodríguez Lafora, conferenciante invitado en la Institución Cultural Española de Buenos Aires dio allí algunas lecciones sobre psicoanálisis en fecha tan temprana como 1923, coincidiendo con la aparición de los primeros volúmenes de la traducción española de las obras completas de Freud (1922).

Detrás de todos esos nuevos intereses estaba, sin duda, el gran éxito histórico de las técnicas psicológicas en la Primera Guerra Mundial. Las figuras ya mencionadas iban a iniciar la orientación profesional en el país: el alemán Carlos Jesinghaus (n.1886), que abandonaría la Argentina en 1934 por fidelidad a la nueva Alemania que nacía con Hitler, y

Gregorio Fingerman, que impulsaría el recién creado Instituto de Psicotecnia y de Orientación profesional de Buenos Aires, (Fingerman,1954). También Marañón fue muy tenido en cuenta por Mouchet, a propósito de la pasión y la emoción, que sintetizó todo aquel nuevo vitalismo: “para la psicología vital todo, por ser una manifestación de la vida, es cambiante, inestable y variable (Mouchet, 1953, 13). Quedaba abierta la puerta para los estudios de las personalidades individuales.

Cabría aquí también recordar unas palabras de Mouchet, que sintetizarían aquel nuevo ‘vitalismo’: “para la psicología vital, nada es en el mundo anímico definitivo; todo, en cambio, por ser una manifestación de la vida, es cambiante, inestable y variable” (Mouchet,1953, 13).

Recogió el testigo la generación siguiente, la que en el mundo hispano se considera de 1901, que iba a entrar en diálogo con sus coetáneos de la Argentina. En España, estos hombres y mujeres iban en gran medida a protagonizar el drama bélico de la guerra civil (1936-39), y los tres nombres ligados a la psicología que en ella encontramos, iban a convertirse en emigrados políticos que decidieron explorar el nuevo terreno americano y en él se establecieron definitivamente. Me refiero a las figuras de Emilio Mira y López (96), Juan Cuatrecasas (1899) y Ángel Garma (1904), tres médicos interesados de diversos modos en las cuestiones psicológicas, que optaron por la emigración ante el resultado del conflicto bélico.

Mira abandona España tras la guerra civil (1939) y tras algunas vacilaciones, se instala durante un tiempo en la Argentina, donde permanecerá algunos años (1940-45) hasta establecerse definitivamente en el Brasil. En

ese tiempo simultaneará psicología y psiquiatría, y aprovechará ampliamente las potencialidades editoriales argentinas para publicar muchas de sus obras. Iba allí a aportar ideas y trabajos sobre psiquiatría, psicoanálisis y psicotecnia. Así, su Manual de orientación profesional, apareció en Buenos Aires en 1947. También Cuatrecasas, médico compañero y amigo de Mira en su juventud, encontrará nueva patria en Argentina, en Buenos Aires, y, junto a su actividad médica, desarrollará una faceta de psicólogo, como profesor de antropología y neurobiología en la Universidad de La Plata (Kurowski, 2015). Finalmente, en el campo del psicoanálisis, es muy conocida la importancia de la labor de Ángel Garma desde su llegada a Buenos Aires en 1938, especialmente su papel protagonista en el proceso de organización del psicoanálisis ortodoxo en aquel país, a partir de 1942 (Zalbidea et al, 1991). Garma, junto con su colega Rakovsky, va a sentar unas bases sólidas para crear una sociedad psicoanalítica, posibilitar los análisis didácticos requeridos por sus colegas, y al cabo ingresar en la sociedad psicoanalítica internacional, regularizando su situación científica y profesional. Y tendrá gran interés en ser un tiempo profesor en la universidad de La Plata.

Habrá algún día que ver cómo la guerra de España, y el establecimiento en el país del gobierno del general Franco, influyeron sobre la imagen de la realidad española que vino a prevalecer en la Argentina. La proximidad política de los generales Juan Domingo Perón y Francisco Franco ejerció probablemente influencias contradictorias en los distintos sectores políticos argentinos, entre los cuales había un importante grupo de exiliados españoles.

Llegamos ahora a la generación de jóvenes españoles que se vieron envueltos activamente en la guerra y que habían nacido en torno a 1916. En muchos casos, permanecieron en el país, y a ellos les vino a corresponder la tarea de reemprender la vida histórica de la nación en circunstancias nada fáciles. Recién acabada la contienda, se inició en el mundo entero la 2ª Guerra Mundial, que iba a enfrentar el mundo de las democracias occidentales con los totalitarismos fascista y nazi, y, a su término, con el recién surgido imperio soviético. El mundo iba a comenzar a vivir una guerra fría, entre los grandes bloques políticos, al tiempo que iban a irse multiplicando de modo creciente los cambios tecnológicos, las tensiones ideológicas y las potencialidades del mundo atómico, y poco después, la automatización digital y las biotecnologías. También la psicología iba a incorporar a su quehacer los nuevos recursos cibernéticos y los avances de las neurociencias.

En la escasa psicología española de preguerra apenas había habido psicólogos, aunque sí había habido actividad psicológica públicamente reconocida, generalmente realizada por psiquiatras. Además, y se había formado un pequeño colectivo de personas implicadas en tareas de psicotecnia con una cierta aplicación social. Al finalizar la contienda, ese pequeño mundo se vino a escindir, como el país mismo, en dos grandes sectores. Uno lo formaron quienes de varios modos habían militado en el campo republicano, y optaron en la mayoría de los casos por la emigración. En gran medida encontraron en el mundo latinoamericano acogida y apoyo para una nueva vida. El otro grupo lo formaron aquellos que por múltiples razones optaron por permanecer en la

península. Entre estos se contaban bastantes jóvenes aún en formación que se interesaban por los temas de la psicología y aspiraban a situarse en la sociedad al tiempo que luchaban porque se fuera creando el rol social del psicólogo. Al fin, a algunos de ellos les vino a corresponder la tarea de incorporar la psicología como campo de estudio y como profesión aplicada.

La psicología en la posguerra española se vio amenazada algún tiempo de ser absorbida y reconvertida en una disciplina filosófica escolástica, como lo fuera en los siglos pasados. Hubo, no obstante, una vía de apertura a la realidad contemporánea, por obra de un psiquiatra y psicólogo discípulo de Ramon y Cajal y de Ortega y Gasset, José Germain (n. 1898), que con Emilio Mira había ya trabajado antes de la guerra para crear una psicotecnia aplicable a los quehaceres laborales e industriales de aquellos días, y que ahora, en la nueva situación, consiguió crear un pequeño departamento de psicología en el centro recién creado de investigación nacional, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde reunió un pequeño grupo de jóvenes entusiastas de la psicología. Este fue al cabo el núcleo del que vino a salir un primer núcleo de profesionales en los años 1950s, que, ya en los años 1970s, pusieron en marcha desde la universidad lo que ha venido a ser el mundo psicológico de hoy día.

Sobresalen tres nombres de dicho grupo, que han tenido relación activa señalada con el mundo argentino. El primero es el de Mariano Yela (n. 1921) metodólogo e investigador de procesos cognitivos, y activo promotor de los grupos psicológicos aplicados a la sociedad. Fue compañero de Horacio Rimoldi, en los días juveniles en que ambos se formaron con el

profesor L.L. Thurstone, en Estados Unidos, y desde entonces ambos han venido manteniendo comunicación y amistad,

Yela asistió al I Congreso argentino de psicología, de Tucumán, (1955) antes mencionado, y allí presentó un tema sobre “la significación psicológica del análisis factorial”, muy ajustado a su alta especialización en esa metodología.

También asistió al congreso y fue un destacado participante e interviniente en los actos del mismo José Mallart (n.1897), que habló en nombre de los visitantes, (Tucumán,1955), con una ponencia sobre “dirigentes intermedios” en empresas, y con un discurso institucional recogido en la memoria del Congreso (Actas, 1955, 59). En España se interesó por la psicología de la organización científica del trabajo y fue, muy activo a la hora de impulsar la primera sociedad española de psicología (1953)

Pero, además, hubo una tercera persona que tuvo una gran implicación y dedicación a la psicología argentina; la doctora Fernanda Monasterio (n.1920). Formada en España, en 1952 decidió trasladarse a Bolivia, y dos años más tarde, vino a la Argentina, primero a la Universidad de Cuyo, sustituyendo al Dr. Rimoldi, y luego a las de Bahía Blanca, y la de La Plata, y en esta iba no solo a enseñar, sino a organizar y dirigir unos estudios de psicología creados en 1958 y estrechamente relacionados con los ya existentes de educación. También organizó el 8º congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología en Mar del Plata, en 1963, con éxito. Sin embargo, estaba orientada hacia una psicología centrada en la conducta y la personalidad, y pronto encontró una gran oposición por parte de los colegas de

su departamento, partidarios de una orientación psicoanalítica, lo que la llevó a dimitir en 1966 y a regresar a España.

Así terminó una intensa y relevante cooperación de una especialista española con los colegas frateros de la Argentina, en el momento en que en este país se iniciaban los estudios universitarios de psicología. Seguramente no fue mera casualidad el conflicto que puso término a la presencia de la Dra. Monasterio en la universidad mencionada. En los años siguientes, el paradigma dominante en las universidades y en los centros y grupos profesionales operantes en el país fue psicoanalítico. Ruben Ardila, gran conocedor del mundo psicológico latinoamericano, escribió en 1979: “La psicología argentina tiene una serie de características que la diferencian de la psicología del resto del continente y más aún, del resto del mundo. Una de ellas es la orientación predominantemente psicoanalítica en el sentido más ortodoxo de la palabra”. (Ardila, 1979, 78)

En ese movimiento ideológico absorbente del psicoanálisis argentino, no había faltado una importante cooperación hispana. Recordemos que fue una editorial española, la editorial Biblioteca Nueva, de Madrid, la que en 1922 inició, por recomendación de Ortega y con un prólogo suyo, la edición de obras completas del gran psiquiatra, que, según decía su prologuista, había llevado a cabo “la creación más origina y sugestiva que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la Psiquiatría” (Ortega, 1922). Y ya hemos mencionado en las páginas precedentes, cómo el Dr. Lafora incluyó en su curso de la Institución Cultural Española unos temas psicoanalíticos, tan temprano como 1923 - al año de haber aparecido el primer volumen de la

traducción española. En fin, vino a ser el Dr. Garma la persona clave para la integración del naciente psicoanálisis argentino dentro de los cuadros del psicoanálisis ortodoxo internacional.

La psicología argentina ha tenido y tiene personalidad propia, dentro del vasto campo de las escuelas y paradigmas del mundo científico y profesional de la psicología contemporánea. El movimiento histórico de su desarrollo, que el Dr. Klappenbach ha trazado de mano maestra en el artículo que ahora se revisa y comenta, ha tenido y sigue manteniendo un perfil diferencial, incluso en estos tiempos en que se ha integrado en el campo inmenso de la psicología teórica y aplicada de nuestros días. En su devenir, se han ido señalando distintas inspiraciones e influencias. Entre ellas, pienso que las sugerencias y las colaboraciones de autores españoles han tenido un efecto limitado pero profundo, al haber actuado en algunos puntos neurálgicos centrales de la corriente general.

La historia de esas interacciones no está ni mucho menos agotada con estas breves páginas. Basta con pensar en la enorme deuda que la psicología española ha tenido y tiene con las editoriales latinoamericanas, y entre ellas, las argentinas, a la hora de difundir el saber científico y profesional contemporáneo. Es una historia que, como he ido indicando repetidamente, parece haberse producido con un paralelismo generacional, propio de caravanas que marchan hacia metas y con ritmos semejantes. Tampoco cabe olvidar que el artículo del Dr. Klappenbach comentado aquí apareció en la Revista de Historia de la Psicología publicación que pronto cumplirá medio siglo de existencia, y ha estado y está

siempre atenta a las colaboraciones de colegas latinoamericanos.

Unos y otros, a los dos lados del océano Atlántico, tenemos unos fundamentos comunes, comenzando por la lengua, y por el sentido fraterno de interés por la ciencia y por la vida. Y, en ambas orillas, domina una visión de la ciencia psicológica que ve en ella un saber esencial para la vida humana, que contribuye a

la realización personal de los individuos, a su ajuste eficaz y positivo respecto al mundo social y, en suma, a su posible felicidad.

Hago pues constar mi gratitud, al término de estas páginas, por esta oportunidad para cooperar una vez más en un mutuo conocimiento y colaboración que a todos nos enriquece día tras día.

Referencias bibliográficas

- Actas (1955), Actas del Primer Congreso argentino de psicología. Organización, Ministerio de Educación de la Nación, Universidad Nacional de Tucumán.
- Ardila, R. (1979) La psicología en Argentina: Pasado, presente y futuro, *Revista Latinoamericana de Psicología*, 11 (1): 77-91
- Ardila, R. (1989) La psicología en Iberoamérica, en Mayor, J. y Pinillos, J.L., tratado de Psicología General. I. Historia, teoría y método, Alhambra editorial, 353-372
- Carpintero, H. (1993) Relaciones entre España e Iberoamérica en el campo de la psicología, *Interacción social*, 1993, 3, 25-46
- Carpintero, H. (2012) Fernanda Monasterio, una voz española en la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP), *Revista Interamericana de Psicología/ Interamerican Journal of Psychology*, 46(1) :517-524
- Carpintero, H. (2015) José Ingenieros y la cultura española. Una visión psicosocial, *RHP*, 36 (3) :49-66
- Dicroce, Carlos (2017). Tradición e innovación en la enseñanza de la Historia: los aportes de Rafael Altamira y de Víctor Mercante en la UNLP (1906-1914). XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.
- Fingermann, G (1954) Fundamentos de psicotécnica, El Ateneo editorial
- Ingenieros, J. (1905) Un cónclave de psicólogos, en Vezzetti, H. (1988) El nacimiento de la psicología en la Argentina, Punto Sur Editores, 181-199.
- Ingenieros, J. (1913) *El*, Madrid, Colección Cervantes Mouchet, E. (1953) Tratado de las pasiones, Editorial Nova.

-
- Ortega y Gasset, J. (1922) Prologo, en Freud, S., Obras completas, t. I, Biblioteca Nueva. Ortega y Gasset, J. (2004) Obras completas, I-X, Santillana-Taurus,
- Papini, M. (1976) Datos para una historia de la psicología experimental argentina (hasta 1930), Revista Latinoamericana de psicología, 8(2): 319-335
- Vezzetti, H. ed. (1988) El nacimiento de la psicología en la Argentina, Puntosur.
- Zalbidea, MA. et al. (1991) La influencia española en la psicología de los países latinoamericanos: Ángel Garma y el psicoanálisis en Argentina, Revista de Historia de la Psicología, 12(2): 175-182